

## **Cuando yo cogía el 72 en Cartagena**

Cada mañana, a las nueve y media iba corriendo a la calle Cartagena cargado con mi mochila. Me había retrasado, siempre ocurría algo, el mismo error cíclicamente día tras día. Algo dentro de mí parecía querer que llegase tarde, que volviera a tener que dar explicaciones en mi trabajo un día más.

Allí, esperaba junto con gente de Sudamérica y otros lugares el 72. Aquellos inmigrantes se encontraban igual de perdidos que yo en el frío de Madrid, preguntándose quizá que hacían tan lejos de sus hogares.

El autobús blanco y azul nos recogía siempre con un conductor diferente, y eso ya significaba mucho para mí que huía de la rutina en la que me encontraba inmerso. Subía entumecido por el frío junto con mis silenciosos compañeros de parada y me sentaba delante, en el lado derecho, donde estaban las plazas unipersonales.

Mientras observaba el tráfico pensaba en mis problemas que se estaban convirtiendo con el paso del tiempo en obsesiones. En realidad no tenía otra cosa que hacer porque por las mañanas había silencio, y no tenía con quien hablar. La gente estaba cansada, tenía que ir a trabajar otro día más. Sus miradas eran lentas e inexpresivas, y su carácter coloquial se veía ligeramente atenuado a esas horas. Ya por la tarde iría incrementándose, cuando todo el mundo hablaba con alguien y los niños que habían salido de los colegios armaban jaleo en el autobús.

Todos nos mirábamos en algún instante, no habíamos cruzado una palabra nunca, éramos desconocidos que se conocían, los mismos, los de las nueve y media.

Entonces algo me distraía de mis pensamientos, aquello que me había hecho llegar tarde sin que yo fuera consciente. Era esa chica chilena que subía en Clara de Rey. Alta, con una piel morena y una larga melena, me recordaba a las películas en blanco y negro. Esas en las que se recreaban los ambientes criollos del caluroso Nueva Orleans. Mal peinada por las prisas mantenía la boca entreabierta, mostrando tras sus labios carnosos una sonrisa breve y unos dientes manchados de café. Se colocaba en el pasillo junto con su gran facilidad para comenzar una charla espontánea y meteorológica en cualquier momento.

La larga gabardina negra y las botas de piel le hacían parecer mayor de lo que era. No seguía ninguna moda juvenil pero iba elegante con una bufanda granate alrededor de su

cuello. La llevaba conjuntada con una camisa a cuadros, parecía ser una chica de gustos clásicos.

Le hablaba aquel día a una señora acerca de la muerte de su “papá”, le contaba que había vuelto a su tierra para asistir al entierro. Alargaba mucho las palabras dándoles más significación, con su largo acento de vocablos que no se escuchaban por aquí.

La calefacción del autobús me adormecía, el sol calentaba mi piel y me cerraba los párpados lentamente hasta que sin ser consciente de ello alguien se sentaba detrás de mí y comenzaba a hablar con otra persona que le acompañaba. Así, intentando dormirme sin éxito iba escuchando una conversación e imaginándome de quién se trataba. Toda mi subjetividad imaginaba rasgos, prendas, colores y orígenes.

Pasado un rato el autobús llegaba a la parada donde esa persona se apeaba, por lo que se levantaba pasando por delante de mí. Y sólo entonces entreabriendo los ojos vagamente descubría que era más vieja o más joven o las dos cosas al mismo tiempo, de lo que yo había pensado, desmoronándose así todo el retrato que había trazado aletargado.

Entonces el autobús cruzaba por un puente la M30, que era ya un hormiguero más tranquilo después de la agitada hora punta. Y con esa tranquilidad manifiesta, me levantaba preparándome para bajar del autobús. Recorría el pasillo colocándome cerca de ella, y volvía una día más a contar hasta diez tratando de reunir valor suficiente para decirle algo.

Aquel día, todavía soñoliento, la miré durante unos segundos más de lo normal. Ella se ruborizó, algo que me hizo albergar una esperanza, puesto que podía haber desviado su mirada como otras veces y no lo hizo. Entonces me quedé quieto y la volví a mirar. Ella se ruborizó de nuevo. Y yo la volví a mirar, esta vez sonriendo.

He dado un gran paso por hoy —pensé.

Pero mientras miraba al vacío, contento por haber avanzado un mínimo, una joven subió con su bebé. Llevaba un carrito de niño muy aparatoso e hizo que todo el mundo se moviese hacia la parte trasera del autobús. La joven necesitaba espacio para poder pasar, ya que quería colocar el carro en el lugar reservado del autobús, donde se colocan los carritos y sillas de ruedas. El anciano que había tras de mí, agobiado por la gente que le empujaba por detrás me cogió por el brazo y fue haciendo que me moviera para dejar pasar a la joven. Yo intenté no acabar en el fatídico lugar.

Pero como suele ocurrir en estos casos así fue, me dejó al lado de ella con la cara literalmente pegada a la pared. De este modo cuando me giré para cogermela a un estribo la tenía a menos de un palmo de mí. Entonces el pánico me envolvió y como si no fuera dueño de mi persona empecé a hablar sin pensar lo que decía, echándole morro.

—¿Qué tal? ¡Cuanto tiempo!

—¿Cómo? —contestó muy extrañada.

—Sí, hacía tiempo que no te veía —volví a decirle sonriente.

—Ah perdón es que pensaba que no te... —dijo confusa.

—¿No trabajas por la calle esta... —dije intentando que acabará la frase.

—Sí, en Alfonso XIII.

—Claro, es que te he visto por ahí —mentí. Pensaba que trabajabas en la empresa...

—No, no. Trabajo por mi cuenta —dijo sin dar más detalles. ¿Y tú qué tal?

—Bien, por aquí, un día más cogiendo el autobús.

—Ya... por cierto ¿a qué te dedicas?

—Bueno yo trabajo en una empresa de informática aquí en Santa Hortensia.

—Ah, ¿esta es tu parada?

—Sí.

—¿Te bajas? —preguntó con una sonrisa.

En este momento sentí que no quería que me bajase, me lo estaba pidiendo con la mirada.

—Bueno si me das tú teléfono, me quedo una parada más ja, ja.

—Ja, ja —se rió. Que morro, vale —me dijo mientras me lo apuntaba en un papel.

Me bajé del autobús en estado de shock, me había comportado como el típico chulito de barrio que no era, pero curiosamente había funcionado.

Tuve que andar hasta mi trabajo que se encontraba a tres paradas de donde estaba, pero no me importaba ya ni llegar tarde, ni la charla que me iba a dar mi jefe cuando llegara. Mientras andaba por la calle me saqué el papel del bolsillo y le escribí un mensaje con mi teléfono.

*¡Ya he cogido un bus de vuelta! ja, ja ha sido surrealista. besos.*

A los pocos minutos, cuando apenas había recorrido un par de manzanas me contestó.

*Surrealista no ¡Ha sido divertido! Bss.*

Ese mensaje me emocionó, no había quedado como un chulo a pesar de haberle echado mucho morro. Y después de todo había salido bien. Al final me iba a tener que comportar como otra persona, para que así mis relaciones personales funcionasen. Sin embargo, me fui al trabajo contento y tuve esa mañana más suerte si cabe. Mi jefe debió de llegar tarde y al verme pensó que subía de almorzar porque no me dijo nada.

Después de mirar el correo electrónico y contestar los correos más urgentes, le escribí otro mensaje.

*¿Qué tal como se te presenta el día? Yo sigo en mi asqueroso trabajo aunque por la tarde ya no tengo que ir a trabajar ;-)*

Al poco tiempo cuando ya había conseguido ponerme al día contestó.

*Pues aún no sé que haré, ¿y tú?*

Tarde poco en contestar, estaba emocionado.

*Pues nos invita a un cóctel la empresa, habrá mucha gente, ¿te apuntas?*

Esta vez se tomó su tiempo. Pero aceptó enviando un escueto “sí” en el mensaje. Poco tiempo después le contesté enviándole la dirección y algunas indicaciones.

Desde que había recibido el mensaje con esa palabra afirmativa, no hacía nada más que perder el tiempo buscando información de Sudamérica, no sabía de que iba a hablar con ella después de todo no le conocía.

—¿Cómo va la mañana? —me preguntó Luis, un compañero que pasaba por delante de mi mesa.

—No te lo vas a creer, esta mañana me he ligado a una morenaza chilena en el autobús.

—¿Si? —dijo riendo.

—Ya ves, soy el amo.

—Ja, ja. Madre mía.

—Estaba hablando con ella ahora, ¡parece que se anima al cóctel!

—Paga la empresa, ¿eh?

—Ja, ja si me va a salir barata la invitación.

—¿Y qué tal es?

—Pues la típica que no te cruzarías en un pasillo de esta empresa.

—Ja, ja que cabrón.

—Je, je.

—Bueno ya te daré mi veredicto de la chica porque para salir contigo o esta loca o tiene pene. Pero en fin ya me contarás. Hasta Luego.

Intenté centrarme un poco, tenía que recuperar el tiempo perdido. Y mi jefe antes o después se daría cuenta de que no estaba haciendo nada. El problema era que no me la conseguía quitar de la cabeza, no podía creer que fuera a venir al cóctel. Estaba loco, sin conocerla ya la había invitado a que conociera a mis amigos.

—Eh... granuja, ya me han dicho que te has ligado a una venezolana. Acoso y derribo ¿eh? je, je.

—Que va, este Luis, es que no se le puede contar nada.

—Bueno fiero ya me contarás, ciao.

Puse la calle en un callejero de Internet y me apareció el barrio donde se encontraba. Me sorprendió que el barrio fuera un poco malo pero sin más lancé la impresión y me fui a la impresora a recogerlo.

Aparqué un poco lejos porque no me gustaba la idea de dejar el coche en una de esas callejuelas. En concreto lo dejé en una calle más principal para que estuviera a la vista. Una vez en la calle descubrí que el número que me había dado se trataba de un bar, un lugar en el que no hubiera entrado nunca porque sí, tenía muy mala pinta.

Me acerqué a la barra y desde allí la vi, estaba en una mesa con tres hombres. Antes de que pudiera acercarme vino hacia mí y salimos fuera sin casi cruzar palabra.

—¿Quiénes son?

—Nadie. Unos amigos.

—No te ha dado tiempo a despedirte ¿no?

—No te preocupes son de confianza, ¿dónde tienes el coche?

Me dirigí hacia el coche, ella venía detrás a sólo un paso de mí. Viéndola ahora de cerca me daba cuenta de que era más guapa de lo que esperaba, los de mi empresa iban a flipar pensé.

Llegamos al cóctel, yo no cabía de felicidad. Llevaba a la chica más guapa con diferencia, y encima estaban allí todos los jefes.

El cóctel ya había empezado, típico, los cuatro zampabollos de administración de sistemas debían haber bajado hace media hora metiendo prisas a los camareros. De hecho habían rapiñado muchos de los canapés que habían repartidos por la mesas, faltaban sobre todo gambas. Como si esto fuera un colegio vamos. En cuanto llegamos ella me cogió por el brazo y me dijo que se iba al baño.

Yo cogí una copa antes de que el camarero desapareciese con la bandeja y me puse a hablar con Luis. Mientras me contaba sus historias, yo miraba de reojo hacia la puerta esperando a que viniera.

—Bueno tío y tu amiga ¿no viene o qué? — preguntó Luis viendo que no me interesaba mucho su historia.

—Sí, ya ha llegado esta en el baño.

—Ya.

—Bueno y ¿cómo fue el partido del martes?— le pregunté para salir del paso.

Después de escuchar la batallita de Luis acerca de porque les habían robado el partido una vez más cogí otra copa.

En el cóctel se estaban haciendo ya los típicos grupitos de empresa, los jefes con los jefes y los pringaos con los pringaos.

Todo el mundo parecía haber encontrado su sitio, así que yo un poco incómodo por la tardanza de María empecé a comer y beber todo lo que podía.

Había canapés de todo tipo, pero no dejaba de ser una pelea constante hacerse con un poco de comida. De súbito, cuando estaba peleando por uno de los platos de gambas con uno de los bedeles alguien me tocó la espalda cariñosamente. Yo me giré rápidamente.

—Pedro, cabrón pensaba que eras...

Y allí estaba delante de mí, se había quitado el abrigo y llevaba la camisa ligeramente desabrochada.

—Chaval aquí esta tu amiga te estaba buscando —me dijo con una sonrisa socarrona mientras me seguía acariciando la espalda.

—Menuda paliza os metimos el martes— le gritó Pedro a Luis mientras pasaba por delante de mí dejándome a solas con ella.

María se acercó a mí con seguridad.

Ni si quiera me dijo porque había tardado tanto o donde había estado porque obviamente no había estado todo el tiempo en el baño. Había vuelto como un torbellino y parecía estar por encima de dar explicaciones.

Pedro y Luis al verla junto a mí callada se abrieron hacía nosotros. De esta manera quedamos en un corro con otros dos compañeros que también parecían estar hablando de fútbol.

Luis se puso a quejarse de las condiciones que teníamos en la empresa y empezamos así a hablar y a quejarnos uno tras otro.

Ella se quedó al margen sin decir una palabra, incluso un poco desplazada del grupo. Yo no sabía que hacer, quería meterla en la conversación pero no sabía como. Luis y Pedro hablaban todo el tiempo de cosas muy particulares de la empresa, y utilizando un vocabulario de taberna.

No dejé de mirarla ni un segundo, parecía estar ausente, no podía creer que estuviera allí, era la chica del autobús. La que me había obsesionado durante meses. La tenía al lado y no sabía ni que decirle ni que hacer.

Luis aludió a ella en varias ocasiones, pero ella tímida, contestó muy brevemente. E incluso un par de veces incongruentemente. Como si no supiera de qué estábamos hablando, como si se encontrara ausente. Yo también intenté hacer que hablara y se metiera en la conversación pero parecía haberse cerrado en banda.

Dejé de mirarla un segundo porque tenía que intervenir en la conversación. Cuando me quise dar cuenta se había ido hacia la barra, a por una copa. Me sorprendió que no dijera nada, ni un breve “ahora vengo” pero claro estaba yo hablando, quizá no quería interrumpirme. Al verla marchar dejé de hablar enseguida, fue fácil, mis compañeros hablaban atropelladamente.

Desde el grupo la vi como se acercaba a la barra, y pedía la copa. El camarero cogió una botella de Johnnie Walker, y le sirvió una copa bien cargada. Algo fuertecillo para una chica como ella, pensé.

Irónicamente mantuvo una larga conversación con el camarero que no pude escuchar, pero al rato volvió a nuestro lado. Mientras hablábamos fue dándole grandes sorbos a la copa, sorprendentemente en pocos minutos se la había acabado.

Entonces encontré la excusa perfecta para girarme hacia ella.

—¿Te traigo otra? — le dije.

—No, no te preocupes ya me voy. Es que estoy un poco cansada. Y tengo que volver al trabajo.

Esto me dejó fuera de juego, me extrañaron mucho sus palabras porque parecía estar igual de fresca que al llegar. Pero en fin nada es perfecto, ni cuando te acompaña la chica más guapa del mundo consigues pasarlo bien.

Y es que resultó para mí violento en cierta manera, había venido hasta allí, hasta mi lugar de trabajo, y yo no había conseguido integrarla y encima, se iba atropelladamente. Seguramente que se había aburrido o se había sentido fuera de lugar. Era probable que hubiera pensado que todo esto era una gran equivocación, quien sabe. Lo peor es que no quiso ni que le acompañara hasta la salida. No te molestes, no te molestes, me decía repetidamente.

Seguí allí, esta vez imitando a mi amor perdido, dándole sorbos más grandes a mi copa mientras escuchaba las divertidas historias de Luis y Pedro que siempre parecían la misma historia que se repetía una y otra vez.

El cóctel duró más de lo que esperaba, y a las tres y media nos fuimos en el coche de Luis al centro, queríamos dar una vuelta y tomar algo.

Yo me senté en la parte de atrás del coche y fui mirando por la ventanilla todo el tiempo. Era viernes por la tarde y todo el mundo iba a alguna parte.

Mi mente se encontraba totalmente ocupada pensando una y otra vez que había hecho mal, repasando cada palabra y cada mensaje de texto que le había escrito.

Cuando íbamos aproximándonos al centro, pasamos por un boulevard donde había muchas terrazas. De repente, sin entender muy bien si estaba soñando o viendo la realidad, la vi. Estaba tomando un helado en la calle, le acompañaban un chico muy corpulento y una chica. Fue como un tiro, ¿me había mentido?, era estúpido pensar que le habían dado la tarde libre o que trabajaba probando helados. O quizás simplemente se sintió incómoda y por eso se fue. Es posible, puso una excusa y se fue, se hartó de los simples de turno que siempre hablan de fútbol y de barbaridades.

Había sido una coincidencia enorme, ¿Qué posibilidades había de volver a verla en una ciudad tan grande? Eran casi nulas. Pero en fin, mejor así, más vale saber la verdad cuanto antes.

Pero pensándolo bien no tendría porque no querer volver a verme, puede que solo le desagradará la situación. No lo sabía. Pero era un duro golpe, estaba allí en la calle, riendo y tomando un helado tranquilamente mientras yo pasaba un infierno pensando en que iba a pasar.

Habíamos ya dejado la calle atrás, avanzando un par de manzanas. Tendría que haberme bajado y haber simulado un encuentro casual. Pero pensándolo bien eso hubiera sido de

perdedor nato. No lo había hecho bien y tenía que asumir las consecuencias. Ahora tenía que esperar o enviarle un mensaje, por si estaba libre por la noche. Pero claro con el rollo que se había pegado por la mañana seguro que era lo último que le apetecía, mejor sería dejar pasar unos días y que lo olvidará. Después de todo había sido un periodo de tiempo muy corto, unos quince o veinte minutos. Eso no era significativo, no estaba todo perdido. Mis amigos no me preguntaban o hacían bromas como otras veces, sabían que no había salido bien y que lo último que me apetecía era que me preguntasen. Llegamos al centro y tras dar unas vueltas con el coche encontramos aparcamiento. Nos sentamos en una terraza que hay en la Gran Vía, estábamos allí los tres al sol viendo pasar gente. Éramos tres hombres que indudablemente siempre jugaban mal sus cartas. Permanecí en silencio, no me apetecía hablar. Sólo me entretenía viendo pasar coches y gente, de hecho no había tocado el café que había pedido, se había enfriado. El café había dejado de humear vapor y se había quedado impasible, como me había quedado yo al ver desaprovechada tal oportunidad.

Una par de horas después cuando el sol empezó a declinar y ya no se estaba allí a gusto empecé a estar inquieto. Me quería ir a mi casa para afrontar la derrota más tranquilamente. Pero de repente mi móvil vibró en mi bolsillo. Con desgana lo saqué para ver de qué se trataba, me imaginaba que sería el típico mensaje de algún amigo que quería salir por la noche. Pero al abrirlo me di cuenta, era ella. Me incorporé nerviosamente y me senté correctamente en la silla. Mientras leía el mensaje una sonrisa nacía en mi boca.

*Metro Avenida de América, andén 1, a las 20h03, entra en el primer tren que se detenga. En el vagón tercero. María.*

No podía creerlo era ella. Me bajé al subterráneo en cuanto vi una boca de metro, no quería llegar tarde por ningún motivo. No dejaba de darle vueltas al mensaje, era tremendamente raro pero al mismo tiempo emocionante. Verla allí, en el vagón acordado, a la hora prevista, con su magnífica melena iba a ser como un sueño después de haber creído perderlo todo.

Una vez llegado al lugar especificado, me detuve. Tenía que dejar pasar el tiempo hasta que el reloj marcará las ocho y tres minutos exactamente. Me puse a mirar fijamente el gran reloj de agujas que había en la estación. Pasaban trenes y más trenes, todo se movía

menos yo, estaba inmóvil. Pasaban puntualmente, un metro por cada minuto, el mejor metro de Europa funcionaba a toda máquina en hora punta. En el transcurso de un minuto el andén se llena a rebosar de gente, yo lo visualizaba en cámara rápida, como si el tren fuera un aspirador que arrastraba a la gente desde la superficie de la calle al interior del túnel.

El metro de Madrid es tumultuoso hay gente y más gente. Todos somos diferentes, nada parece unirnos. Todos venimos de otro lugar. Nos miramos unos a otros un segundo, dos segundos, sentimos el impulso de decirnos algo pero no lo hacemos, estamos en medio de la vorágine. Las palabras carecen de sentido en un lugar donde no vas a volver a ver a nadie otra vez. Te cruzas con los millones de personas que cogen el metro cada día y que siempre cambian nunca se repiten. Miles de rostros, que al segundo borras de tu memoria. Un constante desfile de rostros de diferentes modas, etnias, sexos, edades y clases sociales.

Miré el reloj, quedaban tres segundos, miré como el segundero recorría su camino hasta completar el minuto. El tren hizo aparición, entró rápido. El primer convoy se acercaba hacía donde me encontraba.

De súbito, entre la gente apareció un de los hombres que había visto en el bar corriendo hacia donde yo estaba, era muy parecido a mí, vestía terroríficamente igual que yo. Mi sangre se heló, me quedé quieto, sin parpadear, mi vida pasaba por delante de mí, todo se movía muy rápidamente hasta que el hombre empujó al chico que tenía al lado que cayó a las vías justo antes de que pasara el tren. Todo el mundo chilló y el hombre desapareció entre la multitud sin dejar rastro.

La gente chillaba, y todo el mundo empezó a mirarme como si fuera un monstruo. Cuando vi a los de seguridad venir a por mí, me vino a la cabeza su nombre, María, María a secas. Que cara se me quedó, ¡Dios mío!, qué cara.